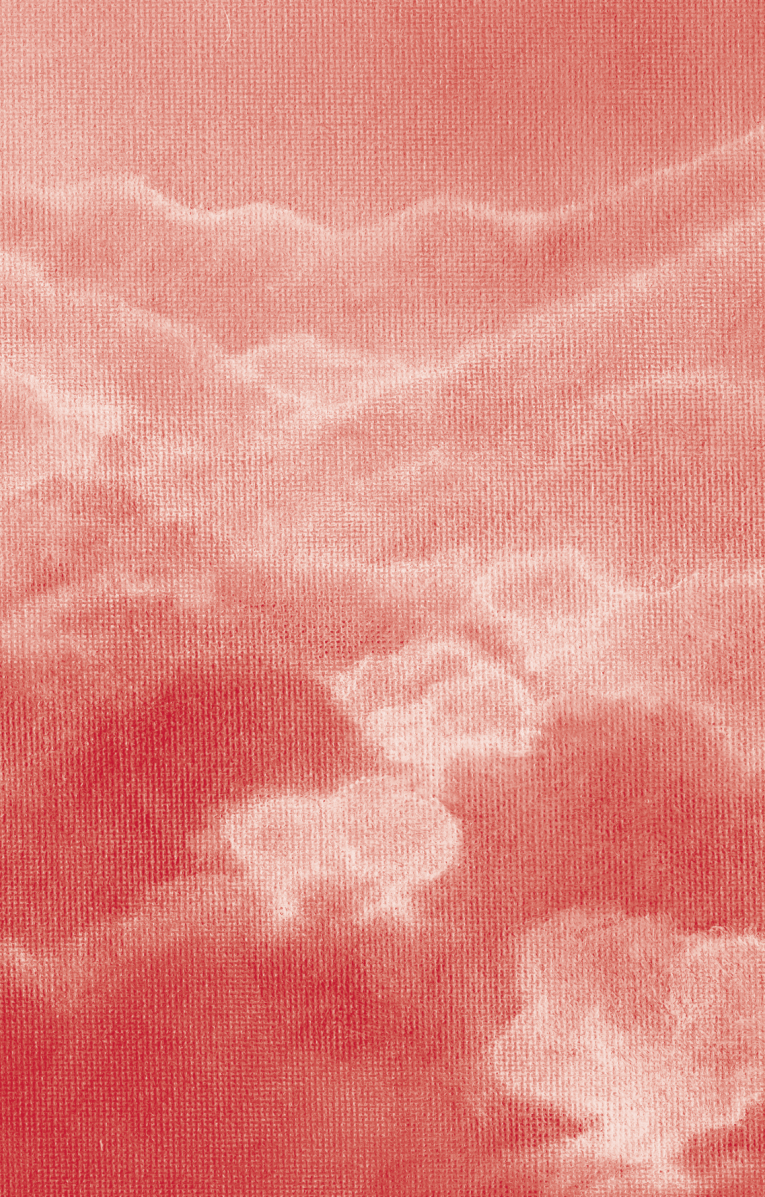


maría

cuando amanece y cuando cae la tarde
maría



COLECTIVA
ACTORAS
DE CAMBIO



historias de vida

colectiva actoras de cambio

© colectiva actoras de cambio 2020

primera impresión 2011

segunda impresión 2020

coordinación amandine tulchiron

investigadora olga alicia paz

traductora carmelita chonay

transcriptora asunción telón

redacción maria José perez

edición chuy tinoco

diseño e ilustración laura sánchez cortés

impresión serviprensa

Gracias al apoyo de: **Fondation Pro Victimis**

Esta publicación puede ser empleada
acreditando a la **Colectiva Actoras de Cambio**,
a favor de nuestra vida y libertad como mujeres,
aquí y en todo el planeta.

cuando amanece y cuando cae la tarde maría

Soy de la comunidad Patoquer de San Martín Jilotepeque. Cuando estaba en el vientre de mi mamá, a ella le daba dolor de cabeza y náusea. Hasta a los cinco meses comenzó a comer otra vez y cuando llegó a los nueve meses, me dio a luz.

Ya era gente, ya estaba fuera, fue un gran sufrimiento el que hizo mi mamá, se quedó muy débil por dejarme vida, por alimentarme, aunque cuando nació también fue alegría para mis padres; buena y sana me dio a luz, contenta, alegre.

La costumbre cuando nace un niño es dejar tiempo para celebrar, con su trago o con su cerveza o con su agua, a la comadrona también se le da su café y su tortilla para que ella no tenga hambre, aunque ya sea la media noche y todavía esté la señora por componerse. Después de la celebración, a los ocho días, regresa la comadrona a visitar a su paciente y a ver cómo está el bebé, y entonces vuelven a hacerle un almuerzo. De ahí, si la familia es evangélica a los cuarenta días van a presentar al bebé a la iglesia, o si son católicos, a los cuatro meses o a los seis meses van a bautizar, es la costumbre.

Si tenés hambre, remoja tu tortilla...

Mi mamá tuvo 18 hijos, unos que abortó y unos que vivieron. Somos siete de un solo padre y tres de mi padrastro, diez en total. Mi hermana mayor se llama Juana, luego están Antonia, Martina, Teresa y mi hermano Manuel. Mi papá fue un borrachero que tomaba de día y de noche, y mi mamá tuvo que hacer por todos sus hijos. Ella también tomaba y cuando yo tenía ocho años se separaron. Tuvieron problemas porque mi papá ni gasto daba y ella ya estaba aburrida y buscó su relevo. Yo digo que fue justo y que ella fue valiente porque era la única que sufría por nosotros, compraba jabón, frijol, maíz, y mi papá lo iba a vender para tomar. A nosotras no nos

quedaba nada. Por eso yo pienso que mi papá tuvo la culpa de que mi mamá se animara de buscar otro hombre y el que se encontró, pues tenía bienes, no que se diga tanto, pero sí le daba gasto a mi mamá.

Al separarse, cuatro nos fuimos con mi papá y tres se quedaron con mi mamá; ella agarró a los más grandes y a los más pequeños nos mandó atrás de mi papá. Sólo una hermana grande se fue con nosotros para que nos mantuviera. Hicimos nuestra covachita cerca de mi abuela, pero no aguantamos con mi papá porque él no era igual que mi mamá. Ella nos pegaba pero al ratito ya nos contemplaba, en cambio mi papá sólo comía en la mañana y se iba a trabajar con su azadón al campo; nosotros nos quedábamos, y si comíamos o no, ¡saber!

De ahí regresamos otra vez con mi mamá porque mi papá estaba en la costa, ahí iba él a ganar su pisto. Cuando tenía yo nueve o diez años nos mandó otra vez mi mamá detrás de mi papá a trabajar cortando algodón. En ese trabajo nos pagaban a centavo cada libra y nos daban cuatro tortillas y una cucharada de frijol: “si tenés hambre, remoja tu tortilla”, nos decían. A veces la comida estaba cruda, entonces la dejábamos debajo de los algodones. Sufrimos mucho, mucho, y regresamos otra vez junto con mi mamá. Ella quería que nos quedáramos con mi papá pero nosotros no nos hallábamos con él.

Mi padrastro nos reclamaba lo que comíamos y sólo a mi mamá vestía porque era su mujer. Nosotros nos pasábamos la vida con ropa rota. Él también tomaba y le pegaba a mi mamá, pero de eso no teníamos culpa porque ella lo buscó y

lo quiso. Mi padrastro tenía sus caballos, vaca, coches y todo eso lo manteníamos nosotros.

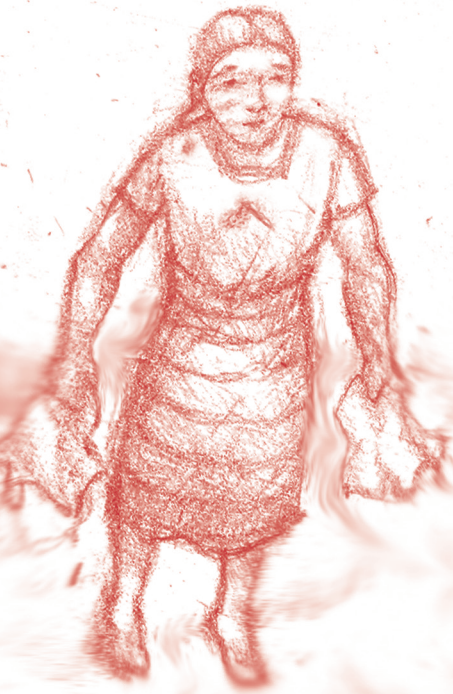
En ese tiempo se usaba abono orgánico para que saliera una buena cosecha de milpa, se cultivaba preparando bien la tierra, sacando las piedras y el monte que hay, se picaba bien la tierra y se sembraba; en la milpa salía la hierba mora, el bledo, el chipilín. Mi mamá buscaba mozos para trabajar la tierra porque su marido no trabajaba eso. Él era negociante, compraba y acarreaba afrecho en las industrias de tapa para entregar al cuxuxero (los que hacen guaro). Como tenía su caballo, venía a traer y a entregar. A los mozos les pagaban cinco centavos al día, trabajando desde las cinco o seis de la mañana, ya después subió a diez centavos el día.

Mi mamá nos mandaba ollotas de punta de xilote, nos levantábamos a las dos de la mañana las seis mujeres, y lo cocíamos y lo molíamos en piedra, mientras otras quebrantaban el maíz y hacían el bastimento para llevar al monte; una quebrantaba, otra lo repasaba, otra lo sacaba para tortear y otra torteaba. Al terminar nos mandaban a pastorear y ¡qué aguaceros que caían a veces! Eso hacía que las vacas salieran corriendo a comerse otras milpas y nosotras no podíamos correr porque estábamos empapadas y todo el suelo estaba mojado. Rápido llegaba la gente a avisar que: “su hija hizo perjuicio, comió milpa la vaca”, y me daban un chicotazo. Pero ¿qué culpa tenía yo? Mi mamá me mandaba: “ándate o te voy a matar, si no te vas, te mato”. Entonces yo me atreví a irme, me fui a recomendar con mi tío durante dos noches y luego mi hermana me fue a buscar, pero yo tenía miedo de que ella me

fuera a matar. “Te va a pegar sí, tal vez, pero no te va a matar”, me dijo mi hermana, “vamos”, agarró mi mano y me llevó para mi casa. Cuando llegué me dijo mi mamá: “Por fin. Y ahora ¿por qué estas huyendo?”. “Porque me da miedo me vayas a matar. No me vayas a matar, yo quiero vivir”, le dije a mi mamá. “Todavía contestas malcriada”, y fue a traer el chicote, me pegó y con eso pagué mi deuda. Así fue mi vida hasta que ya tenía yo como doce años, cuando murió mi padrastro.

Una vez se fueron mis tres hermanas a la costa, a la finca Hacienda Argentina a cortar café durante tres meses; después se fue mi mamá también a cortar café en otro terreno y nosotras nos quedamos solas. Mi mamá comía bien con su otra familia y a nosotras no nos daban. Vino mi hermano, que ya tenía como diecisiete años, y dijo: “todavía las están tratando así, no es justo. Ahora arregla tu maleta, arregla tu par de ropas y nos vamos. Yo voy a platicar con la vieja”. Mi hermano le dijo a mi mamá: “¿por qué no querés a mis hermanas? Sólo a tu marido querés, como que ellas no son tus hijas. Ahora te quedas ahí. Hasta cuando nos dé la gana, vamos a regresar de la costa”. Entonces nos venimos aquí a Chimaltenango.

Después de eso, ya estuvimos contentas. Pero como no estábamos acostumbradas a que nos diera nuestro centavo mi mamá, o a que nos diera alguna cosa, a mí me daba miedo agarrar mi dinero aunque era poquito lo que ganábamos. Sólo nos daban un centavo por libra de algodón que cortábamos al día. Yo estaba acostumbrada a que tenía que entregar a mi mamá lo que ganaba. No nos daba dinero para gastar en un ricito, nada. ¡Olvídense! La pobreza que hemos pasado es grande.



¡Dios mío, qué es la vida de una mujer!

En esa época, como de doce o de diez años, yo empecé a soñar siempre que me iba volando, pero a nadie le contaba, ni a mi mamá, porque me daba miedo, sólo yo lo sabía. También me soñaba recibiendo unos pañuelos bien blancos, blancos y entonces yo pensaba: “¿será que me voy a casar de blanco?”, pero no decía nada. Mi mamá tal vez sabía porque cuando yo nací, las comadronas le dijeron qué destino traía. Yo soñaba esas cosas, pero cuando me despertaba, estaba durmiendo en mi cama. Siempre me ocurría.

Cuando ya era adolescente, a los trece, catorce años, me vino mi menstruación y no me avisó mi mamá. Nada, ni mis hermanas me dijeron nada. Y eso que ya eran mujeres grandes. Yo no hallaba cómo decir, no podía decirle a mi mamá. Me dio miedo, sólo yo sabía y estaba mojada, estaba en la oscuridad porque mi mamá no me contaba. Se chorreaba mi cania, la lavaba yo, no tenía con que taparme. Ya después, busqué la manera, usé trapitos viejos que detenía un poco atrás con mi faja, me bañaba hasta las diez de la noche y dejaba lavada la ropa. Creo que mi mamá sabía, pero nunca me dijo que así era la vida de una mujer. Hasta después, una señora me preguntó y me dijo que eso pasaba cada mes, entonces yo ya me puse contenta porque sabía que venía cada mes. Ese día dijo ella en lengua: “¿y tu ic?”, y hasta entonces supe cómo se llamaba lo que me pasaba.

De cómo se hacen los hijos yo no sabía nada tampoco. No había nadie que me lo contara; aunque yo acompañaba a mi mamá cuando ella iba a ver a las mujeres, pero nunca

entraba si la mujer ya se iba a componer. Sólo oía que gritaba y entonces pensaba: “¡dios mío, qué es la vida de una mujer!”. Antes sólo nos decían que pasaba un avión dejando al bebé. Pero no es así. Ya cuando me despertaba, yo miraba que ya estaban vacías las mujeres. “Entonces, ¿cómo nacen?”, decía yo, y empezaba a pensar que así iba a ser la vida mía después. Pero eso, no lo enseñaban, sólo mi mamá lo hablaba con mi papá, pero a nosotras nos sacaban.

Tenía ya diecisiete años cuando una mi hermana tuvo marido, un hombre ya sazón con hijos y todo. Después, se dejó de ese y se juntó con otro hombre, que tomaba, y que además era hijo de mi padrastro. Ella se fue a la casa de mi padrastro y de ahí hicieron una casa cerquita, y mi padrastro se empezó a meter con ella. Mi hermana se enfermó. Cuando eso pasó, mi hermana se puso bien delgada, decía que sentía una bola. Entonces mi mamá dijo que la fuéramos a traer. Mi hermana regresó a la casa pero ya no tenía su menstruación, como que se le cuajó y le daba mucho dolor, tanto que hasta gritaba. Ya no se logró, se murió.

Yo no sé por qué pasó eso, porque mi padrastro tenía a mi mamá, tenía otra y todavía se metió con la nuera. ¡Es una avería eso! Él mismo le contó a mi mamá que se había metido con mi hermana, si no, no hubiéramos sabido. Cuando tenía como quince o veinte días de que había muerto mi hermana, me dijo mi cuñado cuando yo le serví su tazón de atol de masa: “yo te quiero decir una palabra”. “¿Qué palabra?”, le dije yo. “Yo me quiero juntar contigo”. “Mira”, le dije, “te querés juntar conmigo y mi hermana acaba de morir”, así se salió la palabra de mi boca. “No mantuviste a mi hermana, no la curaste, se murió

y ¿así me querés hacer a mí? No, gracias. Cuando venga mi mamá le voy a decir”. Y yo me quedé pensando: “¿y si viene otra vez de repente y me agarra?”. Entonces ya me desperté un poco que eso era malo, le conté a mi mamá y ella se enojó mucho y lo sacó de la casa. ¡Gracias a Dios que mi mamá no me dio con él! No me dejó en manos del mal.

Yo tengo derecho de casarme

Un día, cuando iba a acarrear agua al pozo con tinaja, salió un hombre, y yo me vine corriendo. No dejé que me agarrara, pero él me atajaba en mi camino o se sentaba a un lado de donde yo estaba. Entonces le dije a mi mamá lo que estaba pasando y que ya no quería ir a traer agua ni a hacer mandado. Después, otro vino a dejar carta, con la carta mandaba pisto, no hallaba yo qué hacer y le dije a mi mamá con miedo: “mira, recogí una carta, ¿qué voy hacer con eso?”. “Vamos a ver”, dijo mi mamá, “¿qué hombre es el que la vino a tirar?”. “Yo no sé, mamá, porque yo estaba adentro”. “Entonces, si viene otra vez, hay que sacarlo con leña o con piedra, no dejar que venga a dejar carta”. “Vaya”, dije yo, sin saber que ése iba a ser mi esposo. ¡Cuántas veces yo agarraba la leña y se la tiraba! Y no dejaba que me tocara ni la mano para que no se enamorara de mí. Mantenía cerca dos piedras para tirárselas y que no se acercara. Digo que ese pobre a veces lloraba.

Mi mamá me mandaba junto con mis hermanas a comprar verduras; en un canastón traíamos lima, naranja o banano para vender en Poaquil. Cuando terminábamos de vender, hacíamos



las compras de la semana para la casa; yo compraba tomate, cebolla, remolacha, zanahoria, repollo, chile, papa, surtido, y el día lunes me iba a vender de casa en casa. El hombre andaba atrás de mí aunque yo le pegara. Yo tenía que salir porque me decía mi mamá: “¿cómo vas a mantener a tus hijos después si no haces tu negocio?”. Y así estuvimos sin hablarnos ni nada.

Yo ya conocía a ese hombre como de ocho o nueve años atrás, por eso es que yo vi que me convenía; él trabajaba de azadón cultivando el terreno, sembraba milpa y frijol. La suerte fue buena, yo sacaba la suerte a escondidas de mi mamá; dos papelitos me daban por un centavo, y como no sabía ni leer ni escribir le pedía a un mi sobrino que sabía escribir un poquito. Le enseñé mis papelitos y me dijo que me iba a casar y eso tenía yo en mi corazón, mantenía guardados esos papeles.

Ya tenía los dieciocho años cuando un día, camino a acarrear agua, me decidí y pensé: “aquí estoy sufriendo con mi mamá y yo miro que se está casando la gente. Yo tengo derecho de casarme. Si encuentro ese hombre, le voy a decir que sí, que jale la tinaja”, del fondo del corazón me salió eso. Me fui pues y cabal ahí estaba el hombre. Le dije: “¿sí nos casamos?”, y él dijo que sí. Paso serio quería el hombre y al tercer día se vinieron a pedir permiso.

Mi mamá dijo: “¿para qué te vas con esa gente? ¡Esa gente no sirvel!” No lo quería, lo que hizo cuando llegaron a pedirme es que se huyó, no lo quiso recibir, ni lo que traía. Como era comadrona, dijo que tenía que irse a ver a una paciente. Pero ella ya sabía la fecha en que iban a llegar. Me dejó solita cuando trajeron los regalos de aguas, panes y aquella ollona

de caldo de carnero; sólo mi hermana mayor estaba ahí dentro de su covachita y yo esperando a mi mamá. ¡Ay, dios mío! Qué hacía con la gente si nos los podía recibir porque eran muchos. Mi mamá despreció ese regalo y las gentes lo regresaron. De ahí llegaron a pedirme todavía dos veces más, y hasta la siguiente estuvo mi mamá. Hablaron con ella y acordaron el día del regalo. Cuando llegó el día, mis cuñadas dijeron que ese regalo era poquito. Pero a mí me daba pena decir que era poco porque antes lo habían despreciado. Ese día acordaron que me quedara un año con mi mamá y que hasta los dos años y medio nos juntáramos. “Está bien”, dije yo.

La primera vez que llegó mi novio oficial, yo estaba haciendo oficio, mi mamá me mandó a traer la vaca y a jalar agua. Ella es la que se quedó platicando ese día con su yerno. Cuando él ya tuvo entrada directa para visitarme los domingos, me dijo que nos casáramos de una vez: “¡Ay, dios, me va matar mi mamá! Mejor no”, yo preferí esperarme. Y llegó el mes de octubre, nos casamos, pero sólo por lo civil. En la iglesia no nos casamos. No me cubrieron con velo blanco, sino hasta ese día que me entregó mi mamá, no antes; ese día nos conocimos y era mejor, porque entonces me cuidó.

Cuando yo me muera, que se case.... ella es libre

Yo ya estaba casada cuando mi papá vino conmigo a trabajar con azadón, a sembrar milpa. Yo le daba tres quetzales diarios y sus tres tiempos, lavaba su ropa y todo. Lo recibí porque mi

esposo le dijo: “estáte aquí con nosotros y te mantenemos”. “Está bien, pero a ver qué dice la señora”, le respondió, pues todavía tenía pena con mi mamá. Ella, siempre que lo miraba, lo regañaba. Había sufrido mi papá, me daba lástima, ¡vaya que no se murió en la calle!

Para la cosecha, ¡ay, dios! Qué alegría lo que hacía mi esposo en el mes de mayo, iba a agradecer a dios con la costumbre. Con maíz, con frijol y con candela se celebra lo que Dios da, ya después se puede sembrar. Y cuando sale la cosecha se hace otra costumbre: se mata una gallina, le quitan la cabeza con machete y tiran el cuerpo arriba de la mazorca, todavía brinca encima de la mazorca la gallina sin cabeza. Hay unos que entierran la cabeza en la mazorca y ya después la sacan, dan guaro, dan incienso. Para esa celebración se invitan a los vecinos y después, cuando ellos la hacen, lo invitan a uno.

Mi esposo tomaba, aunque cada cuanto, pero tomaba. Iba a Poaquil a comprar encomienda y cuando llegaba ya estaba bolo, pero no era loco. Como antes no había camioneta sino que se venía a pie, él decía que se echaba su trago porque se cansaba. Yo en ese tiempo no tomaba, hasta después me enseñaron y empecé a tomar.

Un día mi esposo se sentó. “Vení”, me dijo. Él estaba en la cama, sufriendo de enfermedad tifoidea: “anda a llamar a mi hermano mayor Pablo”. Entonces me fui a llamarlo y cuando llegamos me pidió que le sirviera un octavo. Yo no quería porque tal vez se iba a poner peor, pero él me dijo: “tal vez es la última vez que voy a tomar”. Empezó a platicar con su

hermano y tomaron medio octavo. “Pablo, yo me voy a morir y vos me vas a hacer el favor de cuidar que mi mujer no se vaya a la calle. Haceme el gran favor, porque hay gente que echá a la calle a la mujer de su hermano, pero usted no vaya a ser así, usted tiene escrituras de su tierra y yo las mías. Aquí se va a quedar ella hasta que se muera junto con mis hijos. Ella todavía está patoja y se va quedar. Por eso cuando yo me muera, que se case ella, ella es libre”. Yo estaba haciendo el oficio y cargando a mi bebé, pero escuchaba lo que estaban hablando. Entonces pensé que qué iba a pasar con los niños y comencé a llorar. Mi esposo me dijo: “como me voy a morir y si estás viva, tenés que casar con un hombre si te habla, y van a vivir aquí en tu casa. Yo no tengo dinero; no te compré tu ropa. Vaya, ahora tenés una vaquita y si tienes un chivito lo vas a vender y compras tu ropa. Todavía está en mi corazón que no te compré todo”. Esa fue la despedida que él hizo. Como que estaba viendo lo que yo iba a pasar en el futuro. Mi esposo murió un día viernes 22 de septiembre y el sábado 23 lo enterramos.

Yo tenía un privilegio

Los hijos que tuve con mi primer esposo fueron cuatro; dos están vivos y dos murieron, uno por aborto y el otro de diarrea. Mi hija grande tenía cinco o seis años cuando murió su papá y mi chiquito quince meses. Fue por mis hijos que aprendí a ser comadrona, desde antes de la violencia estaba curando a niños. Yo a mis hijos los tenía buenos y sanos con cualquier remedio de monte o de farmacia. Sé si los niños están



empachados, entonces yo les sobo todo, todo el cuerpo, su estómago con aceite les sobo bien, bien, y ya con dos o tres veces que hago eso, se curan. “Gracias”, dicen las personas. Cuando los curo, se quedan tranquilos los bebés, como si les hubiera puesto inyección, pero sólo mis manos les pasé encima, los sobé en nombre de dios. También he curado a ancianos, como a veces se les aflojan las venas, les sobo todo el cuerpecito como a los bebés.

Esa habilidad se trae desde chiquita, pero a uno jamás le dicen. Mi mamá no me dijo si yo tenía un privilegio que Dios me había mandado. Fue hasta que me quedé viuda, que una señora me contó y me dijo: “tú tenés un privilegio, tu mamá me ha contado a mí”. La que me contó eso fue doña Candelaria, la que es nuestra compañera de grupo ahora: “usted es el relevo de su mamá, usted tiene un privilegio, un trabajo igual”, me dijo. Mi mamá es de costumbre pero no me dijo que yo era así también, que tenía el valor de hacer esas cosas, porque eso requiere valor; no es sólo así nomás de hacer una cosa, requiere de esfuerzo.

Una vez mi hija se enfermó y le salió sangre de su nariz muchos días. Ella no se moría ni se componía. Tuve que vender mi corte para curarla porque no había dinero. Fiado lo di y no me pagaban, entonces me fui con una mi hermana a cobrar un pisto y ella me dijo que fuera con un curandero viejito que hacía costumbre. Yo no quería ir porque no sabía cuánto me iba a cobrar. Entonces le dije: “si me das aunque sea algo de mi dinero ahorita, voy a ir de una vez”. Ella me dio el pisto y me fui con el señor. Cuando vi que era un viejito canoso, tecpaneco,

le hablé en lengua y me dijo que me iba a cobrar diez quetzales. Ese don me dijo: “usted, señora, tiene un privilegio, usted cura gente, es una comadrona”. Yo no pensaba que fuera cierto, pero ya curaba un poco. “¿Y cuál es la pregunta?”, me dijo. Yo le conté lo que estaba pasando, que estaba enferma mi hija. “Si vas a recibir tu trabajo, ahorita se va sanar tu hija”, me dijo. “¡Santo cielo!”, pensé yo, “entonces tengo la culpa de lo que está pasando; Dios me está despertando y a mí nunca se me ha venido a la mente”.

Empecé a pensar: “¿qué voy a hacer? ¿Tengo que ofrecer o le pregunto a la gente de casa en casa si están enfermos y les digo que los voy a curar?”. “Dios sabe que tenés privilegio, la gente se vendrá solita a tu casa, pero tenés qué hacer una costumbre, tenés que pedir permiso. ¡Pedilo y Dios te van a traer tus pacientes!”, me dijo. Entonces me decidí a hacer un pedido antiguo de mujer; doce costumbres hice, una cada mes en mi casa, con incienso, para recibir el presente que me dio dios en el mundo. Y con eso, ya se sanó mi hija.

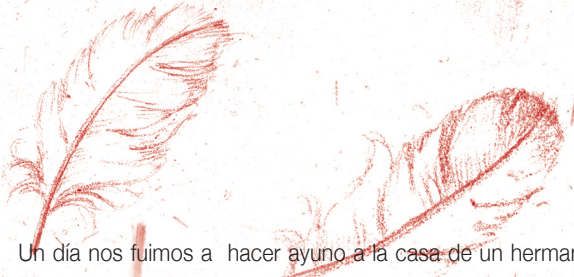
Desde ahí es que yo tengo mi trabajo como comadrona y que acepté sanar a las personas cuando tienen mal de ojo o susto. Recibir bebés, curar enfermos es el trabajo de nosotros, eso es lo que yo he hecho por mi comunidad. Pues así como soñaba de pequeña empecé a soñar otra vez de grande, ya de viuda, que volando iba, pero ¡qué lindo! Tenía que ir por un caminito angosto, costaba la pasada y cuando llegaba, veía unas casonas pero bien blancas, blancas con claveles y rosas blancos y recibo pañuelos blancos. Desde que acepté mi privilegio y empecé a trabajar, ya no soñé más.

¿Qué ronda es esa, que en vez de estar cuidando a la gente, hacen así?

En el año 79 u 80 yo escuchaba las noticias en mi radio de que ya estaba pasando gente por ahí lejos. También escuché que habían matado a machetazos al alcalde de aquí de Chimaltenango, que se llamaba Joselino Xoyón. Ya en ese tiempo empezaba la violencia, pero yo siempre venía a pie a hacer mis mandados y donde quiera se oía la Palabra de Dios. Entonces había unos hermanos que llegaron a platicar conmigo para que aceptara a Cristo y como yo en ese tiempo, no sé... estaba triste porque se había muerto mi esposo y me había quedado sola, acepté el evangelio.

De ahí cada poco, llegaban conmigo a orar. En ese tiempo yo venía a Poaquil a traer mis encomiendas, dejaba a mis dos hijitos y me iba a repartir a las casas de los ladinos allá en La Garrucha. Cuando estuve con mi mamá, me enseñó que el día domingo fuera a comprar cosas al pueblo y el lunes a repartirlas en las casas de las gentes que no salen al mercado. Cuando se murió mi esposo, agarré otra vez ese negocio para mantener a mis dos hijos. Me iba a las seis de la mañana y regresaba al medio día para darles de almorzar.

Ahí fue cuando oí que ya estaba la muerte cerca. Todavía me iba a La Garrucha. No hacía caso, ni me daba cuenta de qué es lo que estaban haciendo, aunque yo veía que había hombres enmascarados con fusiles que a veces pasaban por el camino angosto que estaba atrás de mi casa. Estaban en el bosque y decían que eran bastantes, pero como no me molestaban, yo seguía dándole a mi negocio y encomendándome a dios cuando iba a dormir.



Un día nos fuimos a hacer ayuno a la casa de un hermano que queda retirada de la aldea y cuando regresamos, por ahí de las dos o tres de la tarde, estaban enterrando a un muerto en el terreno donde está el campo ahorita, en Chekijaba. Era un hombre como de veinte años. Los hermanos no me avisaron, hasta después me dijeron que estaba el hombre ahí, para que no me asustara. Ahí fue cuando me entró el miedo y dejé mi negocio.

Estando en mi casa, de repente entré y estaba un rifle en la puerta. “¡Santo dios!”, dije yo, y pensé: “¿y si mis hijos ya están muertos o ya los violaron?”. ¡Con qué miedo entré! “¡Cuidado!”, me dijeron y vi que era mi hermano varón que estaba vigilando porque él se había metido con los guerrillas. Entonces yo lo saludé: “¿estás visitando?”, le dije. “Sí”, me respondió, pero yo no le pregunté para qué cargaba fusil. No le dije nada. Sólo le pregunté si había almorzado y él dijo que no. Empecé a hacer el almuerzo con qué nervios, yo pensé que me iba a matar mi hermano. Ellos decían que estaban vigilando a los soldados y que si bajaban, pitaban para que se oyera que ya venían. Esta cosa a mí se me quedó hasta lo profundo. Hasta hoy día miro a mi hermano y le digo que no es mi hermano. Como él es bien machetero desde que creció, hay que tener cuidado porque con cualquier cosa le da un planazo a uno en la nalga y ¡cómo duele! De eso también me ha quedado miedo.

Acababan de poner un chorro de agua potable con nosotros cuando empezó la violencia. Ese chorro no estaba autorizado todavía para usarlo, sólo un poco para tomar, no para lavar ropa. Pero yo como estaba contenta, aunque sea mi trapito o una servilleta iba a lavar ahí en una tabla. Los comités me encontraron y me dijeron que no lo utilizara, así que mejor les hice caso y guarde la mariposita.

Ese mismo día llegaron montones de soldados bien enojados, pasaron con sus armas, corriendo atrás de la gente, con balacera. Los soldados entraron conmigo y dijeron: “usted es envidiosa, mala gente, usted se ha metido con los guerrilleros”. “No”, les dije yo, entonces preguntaron: “¿y tu marido?”. “Se murió”, les dije. “Ese de plano anda en la montaña”. “No, fue enfermedad de dios. Si quieren ver su cedula, está anulada porque fue de enfermedad”. “No queremos papel ni nada, usted es envidiosa. ¡Mira! No tiene la mariposa el chorro y nosotros tenemos sed”. “No, lo que pasa es que no estoy autorizada para usarlo pero aquí tengo guardada la mariposita”. Fui a sacarla y la puse, pero los soldados la pidieron por joder, porque no tomaron agua. Estaban bien enojados; lo único que yo hacía era clamar a dios en secreto. Los soldados empezaron a buscar armas en el temazcal y en mi mazorca, todo lo desmoronaron. ¿Qué arma? Sólo encontraron mi piedra, que es mi arma para moler. “¡Ah! usted le hace comida a los guerrilleros”, pero les expliqué que ni los conocía, que no llegaban conmigo, entonces se fueron tranquilos.

Otra vez pasó, cuando llevé mis vacas al monte y dejé a mis hijos en la casa. Como tres o cuatro días habían pasado desde que llegaron los soldados la primera vez. “¡Santo dios! Ya se murieron mis hijos, ya no están vivos”, pensé, pues atrás de mi

casa había como ocho o nueve soldados alborotados y los otros dos estaban abajito de un palo. Ahí estaban parados con sus armas, y yo con qué valor me vine para mi casa, si me regresaba me disparaban. “¿A dónde vas?”, preguntaron, “yo me voy para mi casa”, y me fui corriendo. ¡Cómo hacían los cascabillos! run, run, Pasaban detrás de mí, pero no me detuve. Cuando entré en la casa vi que mis hijos estaban vivos, a uno lo cargué y al otro lo abracé. “Si nos matan, nos morimos los tres, mijos, no griten que aquí vamos a estar, dios nos acompaña” les dije. “Está bueno”, dijo mi nena abrazándose a mi cintura. Salimos de la casa huyendo, sólo con la ropa que teníamos puesta.

Como a los ocho días llegaron los soldados por tercera vez. Fue cuando me violaron. Yo estaba tejiendo mi canasta. En eso cargué a mi varoncito de dos años; como presentía yo el mal, a la nena la senté a la par e iba a hacer mi canasta cuando llegaron como doce soldados, otra vez corriendo a la gente con balacera. Entraron tres conmigo y en ese momento se fueron los demás; los tres que se quedaron fueron los que me violaron, aunque tenía yo amarrado mi niño.

Embrocada me pusieron, me dieron golpe, me golpearon con la culata del arma porque no me dejaba. Yo trataba de ayudarme con las manos, me insultaron, me dijeron que iban a acabar con mi vida, me taparon la boca tanto que no podía respirar y me puse tonta. De una vez me quedé como muerta en ese momento, y de ahí me violaron los tres; salió uno y entró el otro hasta dejarme medio muerta. Después me desmayé y cuando se fueron, nos quedamos llorando junto con mis hijos. ¡Vaya que no violaron a mi hija de seis años en ese momento!

Como quince días quedé con un gran dolor, chenquiando y, ¿a quién le iba a contar? A nadie lo conté, sólo yo y dios lo sabíamos. A mis hijos, nunca me he atrevido a preguntarles si se dieron cuenta de lo que me pasó. Hasta hoy día me siento yo molesta, siento que no me conviene lo que me hicieron, me violaron y me siento sucia.

En ese tiempo del 81 uno se dejaba porque no podía hacer nada. Si te enfrentabas te mataban, entonces uno mejor no gritaba. Hasta a las mujeres casadas les pasó eso. Antes que a mí me violaran, le pasó a una mujer que tenía a su marido, amarraron al hombre y se metieron los soldados con ella. Esa vez pensé que tal vez ella tenía la culpa. Después me huí, a la una de la mañana me fui al monte y regresé a las cuatro de la mañana. Salí de mi casa porque me dieron miedo los gritos que pegaba la señora y su marido amarrado, ahí embrocado. En ese tiempo no iban los soldados al monte, sino a las casas. A otra mujer se la llevaron con todo y su bebé cargadito, y como no quería ir, planaciadas le dan con el machete. La dejaron morada, y parada la violaron entre varios: “tenés compañía allá abajo, vonós no sólo usted”, le dijeron los soldados. ¡También tantas niñas que violaron! Les dejaron hasta quebradas las piernas y las quemaron para que no se supiera.

A pura arma, ¡a cuántas mujeres les hicieron así! Hubo una vecina a la que le amarraron a su esposo con lazo del pescuezo, de un árbol en donde ellos tejían, mientras que a la mujer la violaban adentro de la casa, y los niñitos gritaban. Siempre eso es lo que les hacían a las mamás, las violaban. Esa mujer se murió de puro susto, y estaba esperando. Le sacaron al bebé

de la panza y la violaron. Todo eso es lo que yo no he podido contar a mis hijos, pero primeramente dios, un día voy a contar el secreto antes de que se enteren por otro lado.

A muchas nos pasó así, no sólo a una. Nos hicieron eso a la fuerza en la violencia de los 80 y no sólo fue esa vez. Por ahí por el 15 de mayo llegaron dos hombres en la noche, se metieron en la casa cuando estábamos durmiendo y yo no me di cuenta hasta que ya estaban adentro. Ya no pude ni gritar porque me dijeron: “si no te dejas, te matamos, nosotros somos bastantes. Si gritas vamos a llamar a la demás compañía, porque ahí están los otros. Estamos rodeando”. Estaban enmascarados, pero yo oí su voz. Fueron vecinos los que me violaron; uno tenía como cuarenta y cinco años y el otro sus veinte. Era sobrino de mi difunto esposo, hijo de mi cuñado.

En ese mismo momento tal vez lo contaron a otros que pudieron violarme, porque llegaron otros dos. Pero a esos, yo los saqué a machetazos, los enfrenté: “¿qué ronda es esa que en vez de estar cuidando a la gente hacen así?”. Yo sí los saqué porque los hombres son abusivos, lo cuentan entre ellos, se amontonan. Esas personas dijeron que eran de la montaña, guerrilla: “nosotros somos bastantes, somos de la montaña”. Y eso tampoco lo pude contar a nadie, a ninguno, ni con su mujer ni con nadie. No se puede. Aunque yo pienso que mis hijitos lo sabían, se dieron cuenta porque ya estaban grandecitos.

Después de la violación nos han quedado enfermedades a las mujeres, yo me pasé con hemorragia. Por la gracia de dios no resulté embarazada de las dos violaciones que me hicieron. Lo

que me da a mí es el susto, el nervio no se me quita. Eso es el susto, uno siente que algo viene atrás siguiéndolo, que algo me va a atajar en el camino, tiene escalofríos... Eso es el susto y aunque yo hice una cura con un poquito de tierra y un vaso de agua para mis hijos y para mí, no logré sacarlo todo. Mis hijos no se enfermaron, sólo yo. Uno se pone bien amarillo, no le dan ganas de comer, y delgada, pues ya no es igual. Yo he visto a varias que de tan delgadas han llegado a morir.

Trece años me fui por la violencia

El 18 de mayo nos salimos de una vez, porque antes de irse, esos hombres me dijeron: “si estás aquí cuando regresemos, te matamos. Y nada de contar. Si lo vas a contar nosotros lo vamos a saber, ahora tienes derecho de ir a presentarte a Poaquil”. A las diez de la mañana de ese día comenzó a hacer ruido un camión que los vecinos habían pagado para llevar sus cosas. Yo no llevaba nada, sólo la ropa que traía puesta, y a mis hijos los llevé a pie desde Patoquer hasta Chimixaya. De ahí atajé a un señor en un camión para que me hiciera favor de llevarse a mi nena hasta Poaquil, porque ella ya no aguantaba caminar, mientras yo llegaba a pie.


En el camino vi que había unos que no tenían miedo, que estaban sembrando milpa, pero nosotros salimos de una vez. Lo dejamos todo, sólo regresé a la aldea como a los ocho días, aunque con miedo, a ver si me podía traer mis cosas y mis animales. Pagué un pick up, pero cuando íbamos de camino vimos que los ejércitos ya venían de regreso de hacer averías, de

matar las vacas y traían gallinotas así en sus dos manos, y todo lo demás a tuto. Cuando nosotros llegamos, ya no había nada, nada, nada, sólo unas leñas, una piedra y tristeza nos dejaron.

Así pasó en la guerra. Primero se oía lejos, lejos, y después se acercó. Primero mataban al que miraban ellos que tenían bienes, y de ahí llegaban los soldados y llegaban los guerrilleros, entraba el ejército y entraba la guerrilla. Ya no se podía sembrar milpa porque los soldados peinaban todo y la destruían, robaron lo que había y dejaron quemadas las casas. Ya no había vida cuando eso pasó, se sentía el temor del hierro.

Estuvimos como un mes en Poaquil, recomendados con un mi sobrino, pero no se podía vivir ahí, no había para desayunar, para almorzar, ni agua para lavar; uno posando no sirve porque siempre hay problemas. Entonces una mi hermana que vive aquí en Chimaltenango me dijo: “si querés te vas a vivir con nosotros, mi patrón es ciervo de dios”. “Está bueno”, dije rápido, y sentí un gran alivio. Estuve tres meses ahí; ya en el mes de noviembre, mi hermana que vive en la Gomera Escuintla mandó a mi cuñado a preguntar si quería ir a cortar algodón allá. Entonces me trasladé como ocho meses a la costa. Todo el día cortábamos algodón y nos llevaban en un camión grande junto con el algodón bien jateado. Nos íbamos sentados encima de los costales, cuidándolos; dos o tres viajes hacíamos.

Luego decidí irme a buscar trabajo a la capital; trece años me fui por la violencia. Ahí estuve torteando, me pagaban tres quetzales al día con mis tres tiempos. Eso yo lo exigí porque prefería no tener dinero pero sí mis tres tiempos de comida.



Pagué un cuarto, y ahí dejaba a mis dos niños, sólo les iba a dejar su almuerzo, ¡mis pobres hijos! Pero después, salí de ahí porque ya no me alcanzaba, hasta que encontré a una señora que me hizo el favor de recomendarme para que fuera a trabajar con un padre en la Finca Cucurucho, que quedaba por Mixco. Ahí me pagaban tres centavos y tenía que marcar tarjeta a las seis de la mañana.

Estaba separada de mi mamá, cada quien había agarrado su propio camino, hasta después regresó ella con otra hermana a Chimaltenango. Cada dos o tres meses le venía a dejar los centavitos que ganaba trabajando en la tortillería para que se mantuviera, pero se había puesto bien delgada, de tanta tristeza... Le dio diabetes, todo el pelo se le cayó, sólo tenía el huesito y el pellejo, y ya no pudimos curarla. Sólo se recuperaba a veces y aguantó como dos años todavía con la enfermedad por dentro del cuerpo, hasta que murió. Yo no la vi cuando la enterraron en San José Poaquil. Primero se murió mi padastro, después se murió mi verdadero papá, después de eso se murió mi mamá del susto. Así es, se acaba, se acaba todo el cuerpo.

¡Mejor si te vas! Aquí se acabó todo

Yo ya no pensaba en juntarme con otro hombre cuando conocí a mi segundo esposo, en el mero pueblo de Mixco. Él era de Tecpán. Con éste no me casé, como con el primero, sólo nos unimos porque ya había tenido antes una mujer y seis hijos. Primero, yo fui a la comunidad en la que vivía a ver si todavía vivía con su mujer o no, porque como hay hombres que engañan, y yo ya había visto en su cédula que aparecía que era casado, de repente iba a haber problema. Pero la casa ya estaba abandonada y a sus hijos se los había llevado la mamá. Sólo a los dos más chiquitos dejó con el papá hasta que tuvieron como seis años, y de ahí la mamá vino por ellos. Entonces ya estaba solo cuando empezó a platicar conmigo. A su esposa no la conocí, tal vez nos encontramos pero yo no la conocí.

Cuando me junté con mi segundo marido, le presenté a mis hijos pero, ¡ay dios!, era bien mandón el hombre. Casi no lo aguantabas, quería sus cosas y que ya estuviera servido en la mesa. Eso sí, hicimos un acuerdo que lo que él quisiera comer, que me lo trajera, entonces yo lo arreglaría despacio aunque fuera sólo para él. Ese fue el acuerdo que hice porque ni modo que yo lo fuera a mantener en lugar que a mí me mantuviera.

Con mi segundo esposo, tuve otro hijo varón allá en la capital. Son cinco en total mis hijos. Sólo vivimos juntos trece años. La gente decía que yo era su amante y que mi hijo era adoptado, pero yo sabía que era su hijo. Yo, con respeto le hablé de mis primeros hijos, y él también con respeto aceptó, y mis hijos aceptaron decirle papá. Además, por la gracia de dios, sólo

me dejó un hijo. Yo me cuidé, porque sospechaba de verlo platicar con las mujeres. Mejor decidí tomar remedio para ya no tener. No fuera a ser que me dejara. Ese remedio que me recomendaron era de agua coca, entonces compré un bulto de coca. “¿Y para que quieres la coca?”, me preguntó mi esposo. “Para que tenga más leche, me dijo la comadrona”, le respondí. Tapé su ojo así como él me tapó el ojo. Mejor me curé de una vez y así ya no tuve sufrimiento.

Donde viví con ese hombre fue en la capital, ahí estuvimos alquilando. Yo seguí trabajando y puse una tortillería propia y él se fue a trabajar a la costa. Cuando venía, sólo era a molestar. Esas eran sus costumbres, ya no se compuso porque ya era señor grande, de sesenta años. Por eso dijo mi hijo: “¿por qué usted encontró ese hombre?”. Además, cuando tomaba, me pegaba. Ya estaba aburrida de que me pegara mucho por sus celos y de que me dijera cuando llegaba: “con tus caseros andas”. Pensaba que era igual que él, pero no. Yo legalmente hacía mi mandado, no me iba con hombres, salía por necesidad. Si no salía no sentía alivio; encerrada, me enfermaba. Yo tengo que salir, me voy con mis hijos a la capital o me vengo a visitar a mi hermana para que se me olviden un poco las penas que tengo.

Eso sí, jamás le conté que me violaron, y él como que olía que algo había pasado. ¿Cómo iba a decir que me violaron? No podía decir nada porque me hubiera pegado o matado. “Tanta gente que violaron aquí y a usted no la violaron los soldados”, me dijo. “No”, le dije, “por la gracia de dios que no”. ¡Ay, Dios! Cuánto somatón me dio, morete en mi cintura, en mi cadera, en mis rodillas, me pateó sin saber nada. Entonces yo por una parte

di gracias a Dios cuando se murió y así dice su hijo también: “no lo quiero porque me pegaba mucho”. ¡Hasta con el cabo del azadón le daba en la cabeza como si fuera chuchó!

Por esos malos tratos yo le dije un día: “anda con tu mujer y yo me quedo en mi casa”, porque me estaba martirizando mucho. “Ándate con tu mujer, sos mujeriego, no sólo yo estoy, tenés otra en la calle. ¡Mejor si te vas! Aquí se acabó todo”. Ese día me fui a la aldea, nueve meses nos separamos. Y como en ese tiempo estaban poniendo la luz, mejor decidí ir a lograr, porque la oportunidad se pasa. Me fui para el terreno de mi difunto; me vieron los presidentes de comité y me dieron trabajo de cocinera con pago de quince quetzales al día. Tres quincenas les serví los tres tiempos de comida a los que trabajaban de la empresa. Los del comité decían que yo estaba cobrando veinticinco y por eso hubo problemas.

En ese tiempo mis hijos grandes ya estaban casados y no querían ir conmigo porque decían que ahí habían matado a mucha gente. Se fueron, pero no aguantaron y al final se regresaron porque no había trabajo, no había pisto y dijeron: “ya no nos vamos porque de repente va a empezar la violencia otra vez”. Me quedé en la aldea sólo con mis dos adoptados y el bebé, los otros mejor se fueron de una vez allá por Mixco y fueron a decir a su padrastro: “papá, nosotros nos regresamos de una vez y mi mamá quedó solita, mejor te vas con ella”. Por eso es que se vino aquí conmigo si no, no iba a llegar. Estuvo como tres años conmigo.

Yo acepté Dios y su palabra porque era borrachera

Estando con mi esposo, yo tomaba de vez en cuando, tomaba cuando estaba cansada, o si mi esposo empezaba a tomar y me daba, porque si no aceptaba, me regañaba. Hasta puse una tienda en donde sólo vendía guaro, y si la gente que venía a comprar pedía agua, me iba corriendo hasta la tienda cerca de la iglesia católica a jalar unas aguas. Después mejor compré una cajita de Pepsi y les servía cuando quería beber con guaro.

El guaro que vendía era comprado en La Garrucha, era de barranco, puro guaro hecho de afrecho; eso lo trabajé como cuatro años y de ahí mejor lo dejé porque no salía nada bueno. En lugar de ganar se la pasaba tomando uno y como mis hijos me aconsejaron que mejor ya no, eso fue lo que no me gustó porque, ¿cómo iba a ser que yo les estuviera dando mal ejemplo, yo tomando y ellos no?

Mis hijos son evangélicos y me pidieron que aceptara el evangelio para estar todos juntos; como ellos no me visitaban porque yo era borrachera, entonces mejor voy a aceptar, dije, y acepté Dios y su palabra; así me sentí satisfecha porque siento que es una enfermedad cuando uno toma, no controla ni a sus hijos ni su casa, entonces yo lo dejé por un lado. Otra razón por la que acepté es que me dio una enfermedad muy fuerte, yo lloraba y sentía que hasta los huesos estaban abiertos, no me dejaba de bajar mi menstruación y ¡un sudor! Arrastrada venía un día que fui a dejar el desayuno a mi esposo en la milpa. En esa ocasión hasta me despedí de él: “me voy a morir”, le dije. Bajé mi canasta y me acosté porque ya no tenía fuerzas. “Entonces estás grave”,



dijo. Le pedí que fuera a traer a mi hermana que es comadrona también, pero como no se preocupaba, hasta el otro día se fue y vino hasta tarde porque se quedó platicando. Ya cuando llegó, me dijo que preparara mi temascal porque al otro día iba a llegar mi hermana en la mañana. Al otro día ya estaba todo listo y no me quería meter, hasta que por fin, cuando ella echó agua en el fuego, ¡ay Diós! Me morí ahí en el temascal porque yo ya no tenía fuerzas, y cuando me desperté ya estaba en la cama, como si hubiera sido un sueño.

¡Qué alivio, me morí! Desperté, pero antes fui a ver unas casas bien lindas y unas flores hermosas. Dios no quiso que muriera en ese momento, me regresó a la vida. Yo sentí bien rico, rico, la muerte, porque no hay dolor, no hay nada; después sí ya me curé, pero de tanta oración que hicieron las hermanas conmigo y de que fui a consulta médica en donde me dieron complejo B para la sangre, sueros y caldo de gallina. Ya con eso me recuperé.

Ese segundo esposo murió de accidente ahí en Los Cipresales, en Tecpán. Ese día conocí a un muchacho: “ah, ¿no me conoces?” dijo. “No”. “Es mi papá don Chus”, me dijo. Se parecía al papá, pero le dije que disculpara si no lo conocía, porque su papá nunca me había dicho “tal fulano es mi hijo”. Ese patojo fue el que me contó que tenía otra allá por donde ellos viven y que tiene un hijo con ella. “Ah vaya, ya ve pues”, le dije nomás. Ese hombre seguía con su primera y conmigo y tiene otra en la calle, es bien traídero pero, ¡qué culpa tengo yo! Tal vez Dios no quiso que hiciera más perjuicio en el mundo, por eso ya lo guardó digo yo.

Todo eso logré...paciencia quiere la vida

Cuando regresé a mi comunidad me metí en Visión Mundial, porque ahí llamaron a cualquier persona que quisiera ser comadrona y aprender más. Ahí yo llevaba como tres cargos, uno de la oficina, uno de plantas medicinales y uno de representante, porque nadie quería hacer el trabajo, entonces me metí primero yo con mis tres hijitos, y con otra señora que tenía dos ya eran cinco. Fue por los niños que hicimos ese grupo. Era bastante trabajo: nos íbamos juntos con el doctor Miguel Ruiz Gonzáles a tomar fotos de casa en casa, a ver cómo estaban los niños y a visitar. Entonces mejor primero terminé con los cargos que tenía y ya limpia, empecé con lo de comadrona; estuve ahí como unos seis años. Pedí también una beca al director de ADECO para un grupo de comadronas y él me recomendó con los encargados porque ya sabía el trabajo que yo había hecho. Dijo: “es activa la señora, siempre que uno le dice, viene, no falta”, por eso fue que me recibieron y un año recibí mi curso ahí.

Todo eso logré, paciencia quiere la vida. Todavía estoy participando hoy día, capacitándome cada mes en el centro de salud ahí por Ixin ac'ualá', con un grupo como de setenta y cinco. Yo curo a mujeres y hombres con enfermedad común; también examino a ver qué remedio necesitan y ya si no les puedo recetar, los mando a la consulta médica. Siempre estamos coordinados con el centro de salud porque si ya está bien grave el paciente, mejor ni tocarlo. A veces he tenido problemas porque la gente dice que cobro caro: “Ay, qué galguería de esa mujer que cobra cinco quetzales”. Pero si es una cura la que hago y hasta el centro de salud ha dicho que cobremos diez quetzales. Yo cobro menos porque pienso en la pobreza de la gente y hasta fiado doy.

Ahí donde me llevaron mi corazón

Atiendo a mujeres a las que les da pena y que no han compartido lo que ha pasado allá en la comunidad. De eso ninguno hemos platicado entre nosotras en la comunidad, porque aunque todas pasamos lo de la violación, es muy duro sacar y cuesta recuperarse. Ese es el caso de una mujer a la que violaron y tuvo hijo de ladino: como ella es católica no reconoce, y dice que lo que pasó es que se fue a una iglesia a hincar y vio una imagen que es colocha y por eso colochó salió su hijo. La verdad es que fue violada por un soldado. Ella como muchas mujeres nunca va a aceptar nada.

Me da miedo y nervios todavía cuando veo a los soldados. Uno se siente como bolo, no entiende qué palabras dicen las personas. Peor ahora, con los que les dicen los SWAT, que andan de negro. Me dan miedo porque es lo mismo, sólo que han cambiado la ropa. Después de la violencia, los hombres agarraron maña, se aprovecharon de tanto que habían violado a las mujeres que se quedaron viudas. Hace poco, cuando yo estaba trabajando en la milpa con mi patoja, pasó conmigo uno de los hombres que me violó y me preguntó si me acordaba todavía. Y yo lo único que le dije fue: “en ese tiempo sí me deje cuando me hiciste eso, pero ya no”. “¿Recordás todavía? Vaya, te acostumbraste, ¿verdad?”, me volvió a decir. Entonces yo pensé que me quería violar otra vez.

Hay veces que no me duermo y me agarra la tembladera toda la noche de pensar lo que he sufrido por ellos, eso no se me quita. Sólo cuando salgo me quedo un poco tranquila. Pero es

sólo un rato, porque al regresar a mi casa, ahí mismo donde me violaron, me acuerdo de las cosas, y me comienzo a sentir así como molesta, como que no está bien. Es por eso que el susto me lo tengo que curar ahí mismo en la casa, ahí en donde los soldados me llevaron mi corazón.

Es hasta ahora que, por la gracia de Dios, nos estamos curando, nos está saliendo, como que se nos está limpiando lo que ya estaba podrido ahí dentro, porque uno ya no soporta. Sólo con este grupo de ustedes nos sacaron hasta la raíz. Ya está sembrada pero la están sacando, si no, no queda limpio el corazón, porque uno no puede contar sus cosas, menos lo que me hicieron los soldados.

Nosotras estamos luchando porque es el bien para uno. Estamos dando nuestro tiempo porque nos curamos entre mujeres. Hay que levantar el ánimo, aunque sea en unas partes ya vamos para adelante y no para atrás. A mí ya no me da pena, aunque muchas no pueden por el miedo, se quedan en el cuarto porque el hombre no las deja salir, sólo están para cuidar a los hijos y es el hombre el que se va a la reunión, como que sólo él vale. Pero ahora sabemos que la mujer y el hombre, todos tenemos que trabajar juntos para que después logremos lo de la ley.

Ahora ya estoy más tranquila. Es como si estuviéramos despertando, tenemos más avivamiento. Ya no sentimos mucho miedo, como que ya estamos mejor. Ahora yo lo que quiero es la justicia por lo que nos ha pasado, y por eso estamos trabajando. Pienso: “¿será que vamos a lograr justicia o no vamos a lograr?” Yo digo: “ojalá que logremos la justicia

por la violación cuando todavía estén vivos los que nos lo hicieron". Lo que quisiera es que ya no pase, que se respete la ley y que todos la tomen en cuenta, que no la burlen.

Quando me pongo a pensar en mi vida más adelante, pienso que esto ya pasó, ya pasó. Tengo que salir adelante; estar bien cuando amanece y cuando cae la tarde, eso es lo que yo quiero.

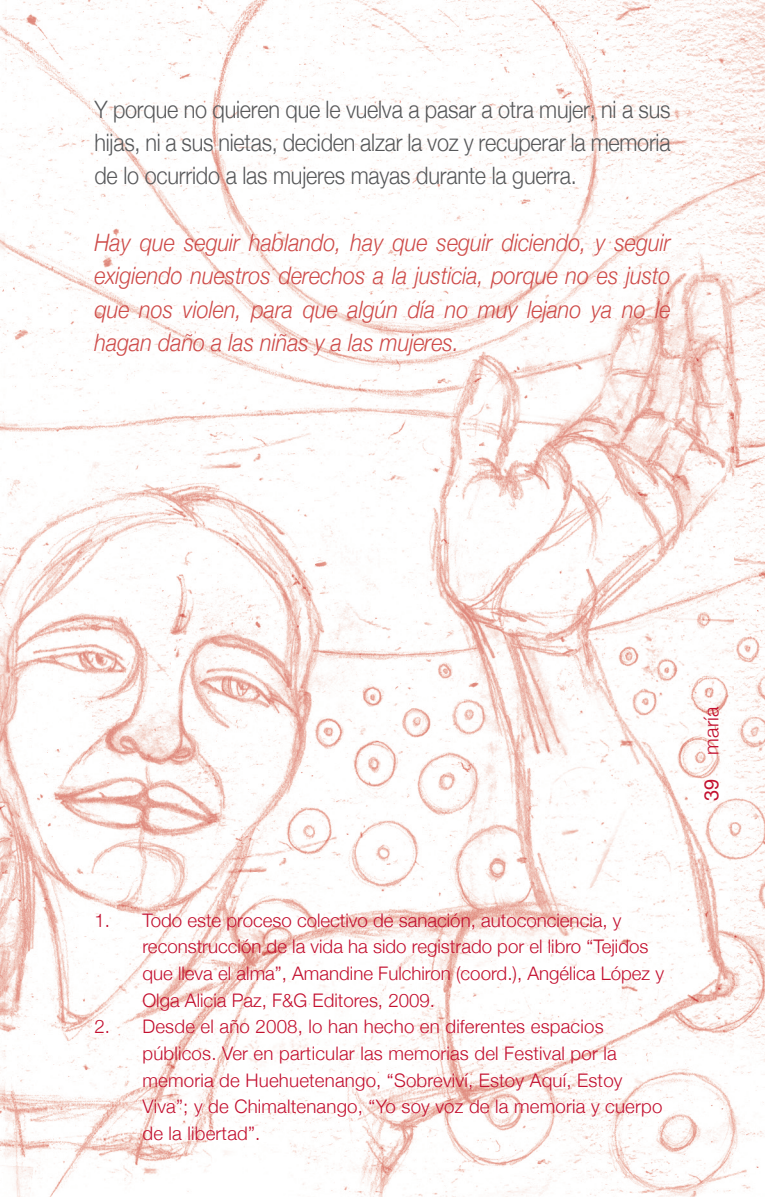
San José Poaquil, 2006

En 2005, María se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto. ◉

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

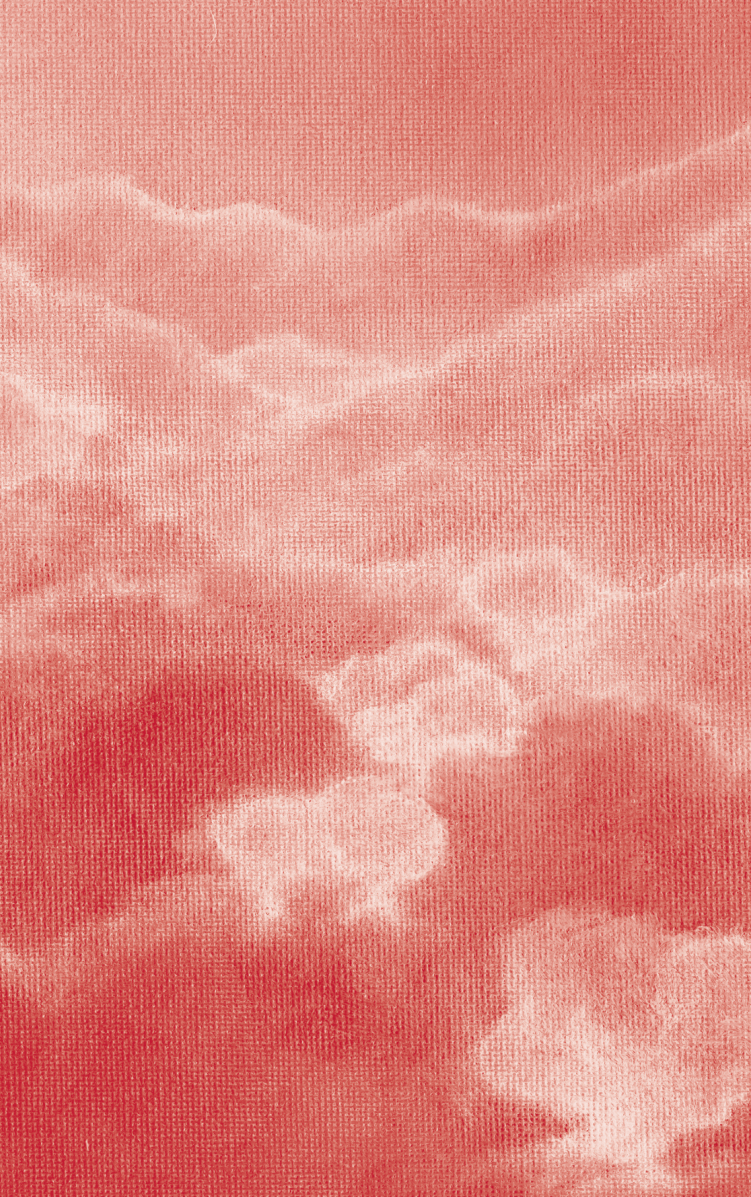
Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*



Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.

1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".



Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro "Tejidos que lleva el alma. Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado".

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

**COLECTIVA
ACTORAS DE CAMBIO**